

CAPÍTULO XXIII

Cuál es la clase más guerrera y revolucionaria en los ejércitos democráticos.

Un ejército democrático es por esencia muy numeroso relativamente al pueblo que lo suministra; más adelante diré las razones.

Por otra parte, los hombres que viven en los tiempos democráticos no escogen por lo común la carrera militar y así los pueblos democráticos se ven pronto obligados á renunciar al alistamiento voluntario y á recurrir al forzoso. Lo apurado de su condición los precisa á hechar mano de este último medio y aun puede fácilmente preverse que todos llegarán á adoptarlo.

Siendo, pues, forzoso el servicio militar, la carga se divide igual é indistintamente entre todos los ciudadanos, lo cual nace también de la condición de estos pueblos y de sus ideas. El gobierno consigue lo que desea con tal que se dirija á todos á la vez, pues la desigualdad de la carga y no la carga misma, es lo que hace frecuentemente que se le resista.

Luego, siendo común á todos los ciudadanos el servicio militar, resulta evidentemente que cada uno permanece en él sólo un corto número de años.

Por la naturaleza de las cosas el soldado está de paso en el ejército, mientras que en la mayor parte de las naciones aristocráticas es un oficio que toma ó que se le impone por toda la vida.

Esto tiene grandes consecuencias. Entre los soldados que componen un ejército democrático, algunos se apegan á la vida mili-

tar; pero como el mayor número está forzado y se halla siempre pronto á volver á sus hogares, no se considera seriamente comprometido en esa carrera, pensando siempre salir de ella.

No contraen las necesidades ni participan jamás sino á medias de las pasiones que hace nacer esta carrera. Se someten á sus deberes militares, pero su alma permanece ligada á los intereses y deseos de la vida civil, y no sólo no toman el espíritu del ejército, sino que más bien llevan á él el de la sociedad y lo conservan. Los simples soldados son los que permanecen siempre ciudadanos en el ejército de los pueblo democráticos, y sobre ellos conservan gran poder é influencia los hábitos y opiniones nacionales; de manera que esta es la clase por donde se puede con más facilidad hacer penetrar en el seno de un ejército democrático el amor de la libertad y el respeto á las leyes que se ha sabido inspirar al pueblo mismo. Al contrario sucede en las naciones aristocráticas, en que los soldados acaban por no tener nada de común con sus conciudadanos, viviendo en medio de ellos como extranjeros y frecuentemente como enemigos.

En los ejércitos aristocráticos, el elemento conservador es el oficial, porque sólo éste á guardado lazos estrechos con la sociedad civil y no desespera nunca de volver tarde ó temprano á tomar allí su puesto; en los democráticos, es el soldado, por causas del todo semejantes.

Al contrario, sucede muchas veces que en estos mismos ejércitos democráticos, el oficial contrae gustos y deseos enteramente diferentes de los de la nación; lo cual se explica con facilidad.

En los pueblos democráticos, el hombre que llega á oficial, rompe todos los lazos que lo ligaban á la vida civil, y sale para siempre de ella sin quedarle ningún interés en volver á entrar.

Su verdadera patria es el ejército; pues no es nada sino por el puesto que en él ocupa: sigue la suerte del ejército, se engrandece ó baja con él, y hacia él sólo dirige todas sus esperanzas. Teniendo necesidades muy distintas de las del país, quizá desea ardentemente la guerra ó una revolución al momento mismo en que la nación aspira más á la estabilidad y á la paz.

Con todo hay causas que templan en él este humor guerrero é inquieto. Si la ambición es universal y continua en los pueblos democráticos, también hemos visto que raras veces es grande.

El que perteneciendo á las clases secundarias de la nación, llega pasando por todos los grados inferiores del ejército al de jefe, ha dado ya un paso inmenso; se encuentra en una esfera superior á la que ocupaba en el seno de la sociedad civil y ha adquirido derechos que la mayor parte de las naciones democráticas consideraran como inalienables (1).

Después de este gran esfuerzo se detiene y piensa sólo gozar de su conquista. El temor de comprometer lo que ya posee amortigua en su corazón el deseo de adquirir lo que no tiene. Después de haber allanado el primero y más grande obstáculo que detiene su progreso, se resigna con menos impaciencia á la lentitud de su marcha. Esta tibieza de su ambición crece á medida que se eleva en grados, por tener entonces más que perder en los azares. Si no me equivoco, la parte menos guerrera y menos revolucionaria de un ejército democrático, será siempre la cabeza.

Lo que acabo de decir del jefe y del soldado no se aplica á la clase numerosa que en todos los ejércitos ocupa entre ellos un puesto intermedio: quiero hablar de los sargentos y cabos (*sous-officiers*).

Esta clase, que antes del siglo presente no había aparecido en la Historia, está llamada á hacer en adelante, según creo, otro papel.

Así como el oficial, el sargento ha roto en su imaginación los lazos que lo unen á la sociedad civil; lo mismo que él, ha hecho su carrera del estado militar, y más que él quizá, dirige hacia este lado todas sus inclinaciones; pero como no ha llegado todavía como el oficial á un punto sólido y elevado en que le sea permitido detenerse y respirar con comodidad mientras puede subir más alto.

Por la naturaleza misma de sus funciones que no puede cambiar, el *sous-officier* está condenado á tener una existencia obscura, limitada, incómoda y precaria, y no ve del estado militar, sino los peligros, la obediencia y las privaciones. Sufre con

(1) La posición del oficial está en efecto mejor asegurada en los pueblos democráticos que en todos los otros. Cuanto menos es por sí mismo, tanto más vale comparativamente su grado y más justo y necesario encuentra el legislador asegurar su goce.

¡ tanta más resignación sus miserias presentes, cuanto que sabe que la constitución de la sociedad y del ejército le permiten librarse de ellas, pudiendo llegar de un momento á otro á ser oficial para mandar y tener honores, independenciam, derechos y gozes: no solamente este objeto de sus esperanzas le parece inmenso, sino que antes de alcanzarlo está seguro de él. Su grado no tiene nada de irrevocable y depende enteramente del arbitrio de sus jefes, pues las necesidades de la disciplina así lo exigen. Una falta ligera, un capricho, pueden hacerle perder en un momento el fruto de muchos años de trabajos y de esfuerzos, y hasta que no haya llegado al grado que codicia, nada ha hecho. Allí solamente parece entrar en la carrera, y es un hombre agujoneado así constantemente por sus pasiones, su juventud, sus necesidades y el espíritu de su siglo, no puede dejar de encenderse una ambición desesperada.

El sargento quiere, pues, la guerra á todo precio, y si se le rehusa, desea las revoluciones que suspenden la autoridad de las leyes y en medio de las cuales espera con la ayuda de la confusión y de las pasiones políticas echar á un lado al jefe y ponerse en su puesto, y no es imposible que las haga nacer, supuesto que ejerce una gran influencia en los soldados por tener hábitos y origen común, aunque difiera mucho por las pasiones y deseos.

No hay razón para creer que estas disposiciones diversas del oficial, del sargento y del soldado, sean peculiares á una época ó á un país; ellas se harán ver en todos tiempos y en todas las naciones democráticas.

En todo ejército democrático, el sargento representará siempre mal el espíritu pacífico y regular del país, y el soldado le representará mejor. El soldado llevará á la carrera militar la fuerza ó la debilidad de las costumbres nacionales y mostrará la imagen fiel de la nación. Si ella es ignorante y débil, él se dejará arrastrar por sus jefes al desorden, sin saberlo tal vez ó á pesar suyo. Si es instruída y enérgica, él mismo los retendrá en el orden.

CAPÍTULO XXIV

Lo que hacen los ejércitos democráticos, ¡más débiles que los otros al entrar en campaña, y más terribles cuando la guerra se prolonga.

Todo ejército que entra en campaña después de una larga paz, se arriesga á ser vencido, y, por el contrario, todo el que por largo tiempo hace la guerra, tiene muchas probabilidades de vencer; más esta verdad es particularmente aplicable á los ejércitos democráticos.

Siendo el estado militar una carrera privilegiada en las aristocracias, se venera aun en tiempo de paz. Hombres de grandes talentos, luces y ambición la abrazan y el ejército está en todas las cosas al nivel de la nación y aun frecuentemente le sobrepaja.

Hemos visto también que en los pueblos democráticos lo escogido de la nación se apartaba poco á poco de la carrera militar, buscando por otros caminos la consideración, el poder y, sobre todo, la riqueza.

Después de una larga paz, como la que regularmente se disfruta en los siglos democráticos, el ejército es inferior siempre al país mismo. La guerra le encuentra en este estado, y hasta que ella lo cambie, existe el peligro para el país y para el ejército.

He dicho que en los ejércitos democráticos y en tiempos de paz, el derecho de antigüedad era la ley suprema é inflexible de los ascensos, y esto no procede solamente de la constitución de estos ejércitos, sino de la del pueblo mismo, por lo cual se observará siempre.

Por otra parte, como en estos países la suerte del oficial depende de su posición militar y por ésta goza de consideración y de comodidad, no se retira ni se excluye del ejército sino en los límites extremos de la vida.

Resulta, pues, de estas dos cosas, que cuando después de un largo reposo toma al fin un pueblo democrático las armas, todos los jefes del ejército son ya viejos, y no hablo solamente de los generales, sino también de los oficiales subalternos, cuya mayor parte ha permanecido inmóvil ó no ha podido marchar sino paso á paso.

Si se examina un ejército democrático después de una larga paz, se ve con sorpresa que todos los soldados son jóvenes, mientras que los jefes tocan la edad avanzada; de suerte que á los primeros les falta experiencia y á los otros vigor.

Este es un gran inconveniente, pues la primera condición para dirigir bien la guerra, es ser joven, y yo no me atrevería á decirlo, si el mayor capitán de los tiempos modernos no lo hubiese ya dicho.

Mas estas dos causas no obran del mismo modo en los ejércitos aristocráticos. Como en ellos se adelanta por derecho de nacimiento más que por el de antigüedad, se encuentra siempre en todos los grados cierto número de jóvenes que llevan á la guerra toda la primera energía del cuerpo y del alma.

Además, como los hombres que buscan los honores militares en un pueblo aristocrático, tienen una posición asegurada en la sociedad civil, raras veces aguardan que los sorprenda la vejez en el ejército. Después de haber consagrado á la carrera de las armas los más vigorosos años de su juventud, se retiran por sí mismos y van á gozar en sus hogares los restos de su edad madura.

Una larga paz, no solamente llena de viejos oficiales los ejércitos democráticos, sino que les da á todos hábitos de cuerpo y de espíritu poco á propósitos para la guerra. El que por largo tiempo ha vivido bajo la atmósfera tibia y apacible de las costumbres democráticas, se somete con dificultad á los duros y austeros deberes que le impone la guerra. Si no ha perdido absolutamente el gusto por las armas, á lo menos toma modos de vivir que le impiden ya vencer.

En los pueblos aristocráticos, la molicie de la vida civil ejerce

menos influencia sobre las costumbres militares, porque la aristocracia dirige el ejército. Y una aristocracia, por encenagada que se halle en los placeres, tiene siempre otras pasiones fuera de las del bienestar y para satisfacerlas hace con gusto el sacrificio momentáneo de éste.

He hecho ver que los ascensos son en extremo lentos en tiempos de paz en los ejércitos democráticos. Los oficiales se impacientan con este estado de cosas; se agitan, se inquietan y desesperan; pero á la larga la mayor parte se resignan. Los que tienen más recursos y ambición salen del ejército; los otros, proporcionando al fin sus gustos y sus deseos á la mediocridad de su suerte, acaban por considerar el estado militar bajo un aspecto civil. Lo que más los atrae es la comodidad y estabilidad que lo acompañan; en la seguridad de esta pequeña fortuna fundan todo su porvenir y no piden sino que se les deje gozar de ella tranquilamente.

Por manera, que una larga paz, no sólo llena de oficiales ancianos los ejércitos democráticos, sino que da frecuentemente instintos de viejos á los que están todavía en la flor de su edad.

He hecho ver igualmente, que en las naciones democráticas, en tiempos de paz, la carrera militar es mal seguida y poco estimada. Este público descrédito pesa mucho en el ánimo del ejército; las almas se hallan allí como oprimidas, y cuando al fin llega la guerra, no puede aquél volver á tomar en un momento su movilidad y su vigor.

En los ejércitos aristocráticos no se encuentra semejante causa de debilidad moral. Los oficiales no están abatidos á sus propios ojos ni á los de sus semejantes, pues independientemente de su grandeza militar, son grandes por sí mismos.

Si la influencia de la paz se hiciera sentir en los dos ejércitos del mismo modo, los resultados serían todavía diferentes.

Cuando los oficiales de un ejército aristocrático han perdido el espíritu guerrero y el deseo de elevarse por las armas, aún les queda cierto respeto por el honor de su clase y un hábito antiguo de ser los primeros y de dar el ejemplo. Pero cuando los oficiales de un ejército democrático pierden el amor á la guerra y la ambición militar, nada les queda.

Creo, por tanto, que un pueblo democrático que emprende una

guerra después de una larga paz, se expone mucho á ser vencido; mas no debe abatirse fácilmente por los reveses, pues la fuerza de su ejército se aumenta con la duración misma de la guerra.

Cuando prolongándose la guerra ha arrancado al fin á todos los ciudadanos de sus trabajos pacíficos, frustrando sus pequeñas empresas, sucede que las mismas pasiones que les hacían dar tanto precio á la paz se vuelven hacia las armas. Después de haber destruído la guerra todas las industrias, se hace ella misma la grande y única industria y hacia ella sola se dirigen de todas partes los ardientes y ambiciosos deseos que la igualdad ha hecho nacer. He aquí porque esas mismas naciones democráticas, que marchan con tanta pena á los campos de batalla, hacen cosas prodigiosas cuando al fin se consigue ponerlas sobre las armas.

A medida que la guerra atrae más las miradas hacia el ejército, que se le ve crear en poco tiempo grandes reputaciones y grandes fortunas, lo escogido de la nación toma la carrera de las armas; todos los espíritus naturalmente emprendedores, soberbios y guerreros, que produce no solamente la aristocracia, sino el país entero, son arrastrados hacia este lado.

Siendo inmenso el número de los concurrentes á los honores militares, é impeliendo fuertemente la guerra á todos á su puesto, se acaba siempre por encontrar buenos generales. Una larga guerra produce en un ejército democrático lo que una revolución en el pueblo mismo; quebranta las reglas y hace sobresalir á todos los hombres extraordinarios. Los oficiales cuyo cuerpo y espíritu han envejecido en la paz, son separados, se retiran ó mueren; en su lugar entra una multitud de jóvenes que la guerra á endurecido ya y cuyos deseos ha inflamado y estudiado. Éstos quieren adelantarse á toda costa y sin cesar; después vienen otros con los mismos deseos y en seguida otros, sin encontrar más límites que los del ejército. La igualdad permite á todos la ambición, y la muerte se encarga del buen éxito de todas las ambiciones. Ella abre incessantemente las filas, deja vacíos los puestos, cierra la carrera y la abre.

Entre las costumbres militares y las democráticas, existe una relación oculta que la guerra descubre.

Los hombres de las democracias desean naturalmente con pasión adquirir pronto los bienes que codician y gozarlos fácilmente.

te. La mayor parte adoran el bienestar y temen menos la muerte que el trabajo: en tal sentido dirigen la industria y el comercio, y el mismo, transportado á los campos de batalla, les hace exponer con gusto su vida, para asegurarse en un momento los premios de la victoria. No hay grandeza que satisfaga más la imaginación de un pueblo democrático que la militar; grandeza brillante y súbita que se obtiene sin trabajo no arriesgando sino la vida.

Así, mientras que el interés y los gustos apartan de la guerra á los ciudadanos de una democracia, los hábitos de su espíritu los preparan á hacerla bien: se hacen con facilidad buenos soldados desde que se les puede arrancar á sus negocios y á su bienestar.

Si la paz es particularmente perjudicial á los ejércitos democráticos, la guerra les asegura ventajas que los otros ejércitos no reportan jamás, y estas ventajas, aunque poco sensibles al principio, no dejan de darles la victoria á la larga.

Un pueblo aristocrático que luchando contra una nación democrática no consigue destruirla en las primeras campañas, se arriesga mucho á ser vencido por ella.

CAPÍTULO XXV

De la disciplina en los ejércitos democráticos.

Es una opinión muy general, sobre todo en los pueblos aristocráticos, que la extrema igualdad social que reina en el seno de las democracias hace á la larga al soldado independiente del oficial, destruyendo así el lazo de la disciplina. Mas este es un error, hay dos especies de disciplina que es preciso no confundir.

Cuando el oficial es noble y el soldado siervo; el uno rico y el otro pobre, el primero ilustrado y fuerte, el segundo ignorante y débil, es fácil establecer entre estos dos hombres el lazo más estrecho de obediencia. El soldado está sujeto á la disciplina militar, por decirlo así, antes de entrar en el ejército, ó más bien la disciplina militar es el complemento de la servidumbre social.

En los ejércitos aristocráticos el soldado llega á hacerse fácilmente insensible á todas las cosas, excepto á las órdenes de sus jefes; obra sin pensar, triunfa sin entusiasmo y muere sin quejarse. En tal estado no es, pues, un hombre, sino un animal muy temible destinado á la guerra.

Los pueblos democráticos no deben esperar jamás de sus soldados esta obediencia ciega, minuciosa, resignada y siempre igual, que los aristocráticos les imponen sin dificultad. Como el estado social no los prepara á esto se arriesgarían á perder sus ventajas naturales queriendo adquirir artificialmente aquéllas. En los pueblos democráticos la disciplina militar no debe pretender aniquilar el libre vuelo de las almas, y sólo se aspira á dirigirlo; la obediencia que ella crea es menos exacta, pero más pronta y sabia. Su

raíz está en la voluntad misma del que obedece, y no se apoya simplemente sobre su instinto, sino sobre su razón; por manera, que ella misma se estrecha á medida que el peligro le hace necesaria. La disciplina de un ejército aristocrático se relaja fácilmente en la guerra, porque se funda en hábitos que la guerra turba casi siempre. La disciplina de un ejército democrático se hace por el contrario más firme delante del enemigo, pues cada soldado ve entonces muy claramente que es preciso callarse y obedecer, para poder triunfar.

Los pueblos que han hecho hasta ahora las cosas más extraordinarias por la guerra, no han conocido otra disciplina que ésta de que hablo. Entre los antiguos no se admitían en los ejércitos sino hombres libres y ciudadanos que diferían bien poco entre sí y estaban acostumbrados á tratarse como iguales. En este sentido, puede decirse que los ejércitos de la antigüedad eran democráticos, aunque no saliesen sino del seno de la aristocracia, y por esto reinaba entre ellos una especie de confraternidad familiar entre el soldado y el oficial; cualquiera se convence de esto leyendo la vida de los grandes capitanes de Plutarco. Los soldados hablan allí con mucha libertad á sus generales; éstos escuchan con gusto sus discursos y les responden, y más bien por palabras y con ejemplos, que por la violencia y el castigo los dirigen. Se dirían compañeros más bien que jefes.

No sé si los soldados griegos y romanos perfeccionaron jamás tanto como los rusos los pequeños detalles de la disciplina militar; mas esto no impidió á Alejandro conquistar el Asia, ni á Roma el mundo.

CAPÍTULO XXVI

Algunas consideraciones sobre la guerra en las sociedades democráticas.

Cuando el principio de la igualdad no se desenvuelve solamente en una nación, sino al mismo tiempo en muchos pueblos vecinos, como se ve ahora en Europa, los hombres que habitan estos diversos países, á pesar de la disparidad de lenguas, de usos y de leyes, se asemejan en que temen igualmente la guerra y sienten por la paz el mismo amor (1).

En vano, la ambición ó la cólera arma los príncipes; una especie de apatía y de benevolencia universal los aplaca á despecho de ellos mismos, y les hace caer la espada de la mano; la guerra se hace más rara cada vez.

A medida que, desenvolviéndose la igualdad á la vez en muchos países, impele simultáneamente á los hombres que los habitan hacia la industria y el comercio, no sólo sus gustos se asemejan, sino también sus intereses se mezclan y se confunden de tal modo que ninguna nación puede hacer á las otras males que no caigan sobre ella misma, y todas acaban por considerar la guerra como

(1) El temer los pueblos europeos la guerra, no depende solamente del progreso que ha hecho entre ellos la igualdad, y no me creo en la necesidad de hacerlo notar aquí. Independientemente de esta causa permanente, hay muchos accidentales que son muy poderosos; me limitaré á citar el cansancio extremo que han dejado las guerras de la revolución y las del imperio.

una calamidad casi tan funesta para el vencedor como para el vencido.

Así, de un lado, es muy difícil arrastrar los pueblos democráticos al combate; más de otro, es casi imposible que dos de ellos se hagan aisladamente la guerra. Los intereses de todos se hallan tan enlazados, sus opiniones y sus necesidades son tan semejantes, que ninguno puede mantenerse en reposo cuando los otros se agitan. Si las guerras se hacen más raras cada día, también luego que nacen, tienen un campo más vasto.

Los pueblos vecinos democráticos no vienen á ser solamente semejantes en algunos puntos, como acabo de indicar, sino que acaban por asemejarse en casi todos (1). Mas esta semejanza de

(1) Esto no depende únicamente de que los pueblos tengan el mismo estado social, sino de que él conduce naturalmente los hombres á imitarse y á confundirse.

Cuando están divididos los ciudadanos en castas y clases, no solamente difieren los unos de los otros, sino que tampoco tienen el gusto ni el deseo de asemejarse: cada uno, al contrario, trata de guardar intacta sus opiniones y sus hábitos propios y de aislarse. El espíritu de individualidad es muy vivo.

Cuando un pueblo tiene un estado social democrático, es decir, que no existen en su seno castas ni clases y todos los ciudadanos son poco más ó menos iguales en bienes y en luces, el espíritu humano camina en sentidos opuestos. Los hombres se asemejan y en cierto modo sufren de no asemejarse más todavía; lejos de querer conservar lo que puede todavía singularizarlos, no tratan sino de perderlo para confundirse en la masa común, que sola representa á sus ojos el derecho y la fuerza; el espíritu de individualidad casi desaparece.

En los tiempos de aristocracia, los mismos que son naturalmente semejantes, aspiran á crear entre ellos diferencias imaginarias.

En los de democracia, los que naturalmente no se parecen, pretenden hacerse iguales y se copian, pues á tal punto llega la influencia del movimiento general de la humanidad sobre el espíritu de cada hombre.

Alguna cosa semejante se nota de pueblo á pueblo. Dos pueblos tendrían siempre el mismo estado social aristocrático, permaneciendo muy distintos, porque la base del espíritu aristocrático es individualizarse. Mas dos pueblos vecinos no pueden tener un mismo estado social democrático sin adoptar pronto opiniones y costumbres semejantes; pues el espíritu de la democracia inclina los hombres á asemejarse.

pueblos tiene, en cuanto á la guerra, consecuencias muy importantes.

Cuando yo me pregunto por qué la confederación helvética del siglo xv, hacía temblar las más grandes y poderosas naciones de Europa, mientras que en nuestros días su poder está en relación exacta con su población, encuentro que los suizos se han hecho semejantes á todos los hombres que los rodean, de tal suerte, que haciendo el número sólo la diferencia, á los mayores batallones pertenece, por precisión, la victoria.

Uno de los resultados de la revolución democrática que se efectúa en Europa, es hacer prevalecer sobre todos los campos de batalla la fuerza numérica, y forzar á todas las pequeñas naciones á incorporarse en las grandes, ó á lo menos á entrar en la política de estas últimas.

Siendo el número de hombres la razón que determina la victoria, resulta que cada pueblo debe procurar con todos sus esfuerzos conducir el mayor posible al campo de batalla.

Cuando se podía alistar una clase de tropas superior á todas las otras, como la infantería suiza ó la caballería francesa del siglo xvi, no se creía necesario levantar grandes ejércitos; pero no sucede así cuando todos los soldados son iguales.

La misma causa que crea esta necesidad suministra los medios de satisfacerla; pues como ya he dicho, cuando todos los hombres son semejantes, se hacen débiles.

El poder social es naturalmente mucho más fuerte en los pueblos democráticos que en otro cualquiera: estos pueblos, al mismo tiempo que sienten el deseo de llamar toda su población á las armas, tienen la facultad de reunirlos: lo cual hace que en los siglos de igualdad los ejércitos parezcan crecer á medida que el espíritu militar se extingue.

En los mismos siglos, el modo de hacer la guerra cambia también por las mismas causas. Maquiavelo, dice, en su libro del Príncipe «que es mucho más difícil dominar á un pueblo cuyos jefes son un príncipe y varones, que á una nación conducida por un príncipe y esclavos». Digamos, pues, para no ofender á nadie, funcionarios públicos, en lugar de esclavos, y tendremos una gran verdad que se adapta perfectamente á nuestro objeto.

A un gran pueblo aristocrático le es muy difícil conquistar

sus vecinos, y tampoco puede ser fácilmente conquistado por ellos. Lo primero, porque no puede jamás reunir todas sus fuerzas y tenerlas por largo tiempo juntas, y no puede ser conquistado porque el enemigo encuentra por todas partes pequeños focos de resistencia que lo detienen. Yo compararía la guerra en un país aristocrático con la que se hace en un país montañoso: los vencidos encuentran á cada paso la ocasión de rehacerse en nuevas posiciones y mantenerse firmes.

Lo contrario se ve precisamente en las naciones democráticas. Éstas conducen con facilidad todas sus fuerzas disponibles al campo de batalla, y cuando la nación es rica y numerosa, se hace cómodamente conquistadora; pero una vez que se la ha vencido y se penetra en su territorio, le quedan pocos recursos, y si se consigue apoderarse de la capital, la nación está perdida. Se concibe esto muy bien. Siendo cada ciudadano aislado muy débil, ninguno puede defenderse por sí mismo ni prestar á los otros un punto de apoyo.

Todo lo fuerte en un país democrático, es el Estado, y al concluirse la fuerza militar por la destrucción del ejército y paralizarse su poder civil por la toma de la capital, el resto no forma sino una multitud desordenada y sin fuerza, que no puede luchar contra el poder organizado que la ataca: sé que el peligro se hará menor creando libertades y, por consecuencia, existencias provinciales; mas este remedio será siempre insuficiente. No solamente la población no podrá entonces continuar la guerra, sino que es de temer que aun no la intente.

Por el derecho de gentes adoptado por las naciones civilizadas, las guerras no tienen por objeto el apropiarse los bienes de los particulares, sino solamente apoderarse del poder político. Si se destruye la propiedad privada es sólo por accidente y por alcanzar el segundo objeto.

Cuando una nación aristocrática es invadida después de la derrota de su ejército, los nobles, aunque sean al mismo tiempo los ricos, prefieren defenderse individualmente á someterse, pues si el vencedor se hace dueño de su país, les arrebatara el poder político, que aprecian más aún que sus bienes; quieren más los combates que la conquista, que es para ellos el mayor de los males, y arrastran fácilmente consigo al pueblo, porque éste ha contraído por

largo tiempo el hábito de seguirlos y de obedecerlos y, por otra parte, nada casi tiene que arriesgar en la guerra.

Al contrario, en una nación en que reina la igualdad de las condiciones, cada ciudadano no toma sino una pequeña parte en el poder político, y aun muchas veces no toma ninguna; de otro lado, todos son independientes y tienen bienes que perder; de suerte que la conquista se teme menos y la guerra mucho más que en un pueblo aristocrático. Por tanto, será siempre muy difícil resolver á una población democrática á tomar las armas, cuando la guerra afecta ya su territorio.

Conviene dar derechos á estos pueblos y un espíritu político que sugiera á cada ciudadano algunos intereses de los que hacen obrar á los nobles en las aristocracias.

Es preciso que los príncipes y los otros jefes de las naciones democráticas se acuerden de que sólo la pasión y el hábito de la libertad pueden luchar con ventaja contra la pasión y el hábito del bienestar. Nada hay mejor preparado en caso de contratiempo para la conquista, que un pueblo democrático que no tiene instituciones libres.

En otro tiempo se entraba en campaña con pocos soldados, se daban pequeños combates y se hacían largos sitios. Hoy se dan grandes batallas y se corre sobre la capital, á fin de terminar la guerra de un solo golpe.

Se dice que Napoleón inventó este nuevo sistema. No era dado á un hombre, cualquiera que fuese, crear un sistema semejante. El modo con que Napoleón hizo la guerra, le fué sugerido por el estado social de su tiempo, y tuvo buen éxito por ser muy apropiado á este estado y porque lo puso en práctica por primera vez.

Napoleón es el primero que ha recorrido á la cabeza de un ejército el camino de todas las capitales; pero la ruina de la sociedad feudal es la que le había abierto esta ruta.

Convenzámonos de que si este hombre extraordinario hubiera nacido hace trescientos años, no habría sacado el mismo fruto de su método ó, más bien, habría seguido otro diferente.

No añadiré sino una sola palabra sobre las guerras civiles, porque temo cansar al lector.

La mayor parte de lo que he dicho sobre las guerras extran-

jas, se aplica con más fuerte razón á las civiles. Los hombres que viven en los países democráticos carecen naturalmente de espíritu militar; lo toman algunas veces, luego que se les ha conducido á su pesar á los campos de batalla; pero levantarse en masa por sí mismos, exponerse voluntariamente á los males de la guerra y sobre todo á los que trae la guerra civil, es un partido á que el hombre democrático jamás se resuelve. Solo los aventureros consienten en arrojarse á semejantes contingencias; la masa de la población permanece inmóvil.

Aun cuando ésta quisiese obrar, no podría hacerlo fácilmente, pues no encuentra en su seno antiguas influencias bien establecidas, á las cuales pueda someterse; no hay jefes bastante conocidos para reunir los descontentos, organizarlos y dirigirlos, ni poderes políticos bajo el de la nación, que vengan á apoyar eficazmente la resistencia que se le opone.

En los países democráticos, el poder moral de la mayoría es inmenso y la fuerza material de que dispone no guarda proporción con las que es posible reunir en contra. El partido que se apoya en la mayoría, que habla en su nombre y emplea su poder, triunfa en un momento y sin esfuerzo de todas las resistencias particulares: no las deja siquiera el tiempo de nacer, pues destruye su semilla.

Los que en estos pueblos quieren hacer una revolución con las armas, no tienen otro recurso que apoderarse de improviso del gobierno, más bien por un asalto que por una guerra; pues habiendo guerra en regla, el partido que representa el Estado se halla casi siempre seguro de vencer.

El único caso en que puede nacer una guerra civil, es aquél en que dividiendo el ejército, una porción levanta el estandarte de la rebelión y la otra permanece fiel. Un ejército forma una pequeña sociedad estrechamente unida y muy durable, capaz de bastarse algún tiempo á sí misma. La guerra podría ser sangrienta; pero no larga, porque ó el ejército sedicioso conquistaría el gobierno por el hecho sólo de mostrar sus esfuerzos ó por su primera victoria y la guerra terminaría ó se empeñaría una lucha, y la porción del ejército que no se apoyara sobre el poder organizado del Estado, no tardaría en dispersarse por sí misma ó en ser destruída.

Se puede admitir como verdad general que en los siglos de igualdad, las guerras civiles llegarán á ser raras y muy cortas (1).

(1) Se concibe bien que hablo de naciones democráticas únicas (*uniques*), y no de naciones democráticas confederadas. Residiendo siempre el poder preponderante de las confederaciones en el gobierno del Estado y no en el federal, las guerras civiles no son sino guerras extranjeras disfrazadas.
